

# EL ARQUITECTO ZUAZO UGALDE

En la colección "Arquitectura Contemporánea" se publicó, en el año 1933, un libro dedicado a la obra del arquitecto Secundino Zuazo, para el que escribió un prólogo el inteligente crítico de arte Juan de la Encina. Este texto, que revela la inquietud de aquel tiempo por los problemas arquitectónicos, nos ha parecido oportuno traerlo a las páginas de este número que, en homenaje a nuestro ilustre compañero fallecido, dedica Arquitectura como órgano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, del que fue su primer Decano

Madrid puede mostrarnos con cierta exactitud el panorama de la arquitectura española desde los tiempos constructivos del buen rey Carlos III a este momento confuso en que vivimos.

Madrid — en realidad — no es una ciudad de gran estilo: no es Roma, no es Florencia, ni París, ni Viena. Es más bien ciudad de acentuado carácter. Construída precipitadamente por voluntad real, no llegó a cuajar y realizarse como ciudad monumental, bien fuera porque creciera a compás de la decadencia histórica española, o por otras causas. Austrias y Borbones son los constructores de Madrid. Y el estilo de unos y otros — la corriente estética que va del Barroco al Neoclásico — pone su sello señero en todos sus edificios de cuenta y monumentos.

Del Barroco madrileño se han hecho lenguas historiadores, eruditos, arquitectos, artistas. Comienza — como en toda España, como en todas partes — con gravedad suma y empaque altivo y robusto — y es que le acompaña la reminiscencia del patetismo concentrado y grandioso de Miguel Angel —, y, al llegar al momento de su flor, le hierve la sangre y la fantasía, se retuerce y brinca y restalla, como el sarmiento seco al caer en la lumbrarada, y hace mil locuras de concepto y de forma. La portada famosa del Hospicio es la flor abigarrada — flor tropical — de esta flor de su edad, que casi, y sin casi, coincide con su tránsito.

Pero este Barroco español, historiado, pomposo, grandilocuente y bizarro, pocas veces se olvida de la austeridad de su origen: así le vemos casi siempre incrustarse en masas de construcción serena, reposada, de gran claridad y quietud noble en su traza. Es como la llama de una hoguera que tremola, sube, baja, se abate, se yergue, se esparrama en múltiples lenguas centrífugas o se concentra en una sola, encuadrada por la rígida geometría del hogar.

Por eso — en Madrid — la transición o paso del Barroco — aun del más retorcido y antiarquitectural — al Neoclásico se realiza de la manera más natural, sin quebraduras, sobresaltos, ni contrastes violentos, del mismo modo que se hizo la transición de clásico al barroco. El paseante del Madrid viejo sabe esto por experiencia, porque ese Madrid para él tiene rara unidad, y no halla sino armonía en el contraste que pudiera establecerse — v. g. — entre la pompa — a la manera de los retablos pomposos y de los adornos populares — del Puente de Toledo y la rígida sobriedad — pura geometría sin arrequives — de la «famosa puente segoviana». El Madrid Barroco y el Madrid Neoclásico forman, pues, unidad indestructible. Son todo el carácter de Madrid, si se les añaden las torrecillas, pináculos, flechas y veletas de los Austrias. Por ellas se escapa en vertical gesto gótico

como un sutil acento poético del Norte, que suma gracia aérea, ingravidad, a la vieja silueta, tendida y perezosa, de Madrid.

Carlos III fué el último rey constructor de España. Sostuvo un estilo. Tuvo arquitectos. A partir de su muerte, el gran estilo, el último gran estilo de España, decae vertiginosamente, se anemia, se rebaja y envilece hasta llegar a fines del siglo XIX y primeros del XX al *no-estilo*, es decir, a la chabacanería de las formas, a la bajeza de los materiales, a la incoherencia constructiva, al ringorrango sin sentido y al perifollo estulto. Las lámparas de la Belleza y la Verdad, hablando en viejo estilo ruskiniano, se apagaron totalmente. Malas vestales tuvieron. ¿Cómo habían de seguir ardiendo?...

Carlos III fué el último rey de España constructor y con estilo. Todavía en su tiempo la realeza era realeza, es decir, espíritu, y no mero rito y fórmula. Por eso supo construir con grandeza, y aunque lo que construyó revista formas escuetas y académicas, su estilo, el estilo carlostercista, es el último gran estilo arquitectónico de España. Luego... se vive de reminiscencias de este tiempo o de extranjerías sin raíces ni profundidad.

Decae en el siglo último, es cierto, en toda Europa la Arquitectura, porque pierde el sentido central de los grandes estilos; porque simula en vez de construir; porque se acerca el tiempo del impresionismo, que aniquila la forma, deshace los volúmenes, y convierte el mundo tangible y visible en mero juego de cabrilleos y reflejos, en una como ondulación sin fin de variantes cromáticas. El mundo de lo tectónico periclita en aquel momento y con él la Arquitectura como arte.

Surgen entonces los *no-estilos* arquitectónicos. Se esfuerzan los arquitectos en construir en todos los estilos y no construyen en ninguno. Amalgamas monstruosas, fusiones disparatadas: el gótico es de encargo, el clásico también, lo mismo el renacentista que el barroco. El discreto, construye académicamente, con fórmulas bien precisas; se atiene a las viejas enseñanzas; y si no construye arquitecturas que cantan, según la expresión de Valéry, por lo menos las que erige no ofenden ni molestan. Hay en ellas reminiscencias de grandes estilos, y, aunque ya muy reducidas de talla en el trasplante, siempre ponen algún dejo o perfume de lo que antes tué vida y belleza. Pero otros arquitectos, los más, sueñan los sueños monstruosos de la estulticia estética, y surgen y medran en este sueño de la razón, que produce monstruos, según Goya, esos estilos arquitectónicos sin nombre, productos de bazar de todo a 0,75 y de rastro, en los que se hacinan sin ton ni son, sin necesidad ni armonía, sin nobleza ni dignidad, cuantos elementos inventó y dispuso la noble Arquitectura.

Esto aconteció en todo el mundo. ¿Qué aconteció entonces en España?

En España aconteció simplemente que se apagaron todas las «lámparas de Arquitectura». El arquitecto español perdió personalidad, perdió inventiva, dejándose llevar sin crítica por todos los vaivenes y todas las resacas de la moda. Abandonó con frecuencia las tradiciones nacionales. Mas, cuando hubo de seguir las, no ganó nada con ello, pues en vez de assimilarlas por el espíritu, en lugar de interpretarlas en lo que tenían de sustanciales y permanentes, se asió a ellas en lo que tenían de puramente formal y exterior. Dió así en la flor de querer resucitar estilos periclitados, por lo que el Renacimiento español, el Plateresco y el Barroco, cobraron nueva vida — vida absolutamente fantasmal — y corrieron — en baile de carnaval — por las calles de las ciudades modernas, o de las antiguas que cambiaban de piel, como máscaras vestidas a usanza del tiempo de Goya o de los Felipes o

de tiempos antiguos y sin fecha. Tuvimos grandes mascaradas arquitectónicas. Lo que no tuvimos fué arquitectura contemporánea.

Se dió el caso típico de Sevilla. Sevilla comenzó, a primeros de siglo, a crecer y desarrollarse industrialmente. La vieja ciudad, maravillosa de gracia, se quedaba corta, era continente escaso para la nueva población. Y Sevilla creció, se ensanchó, se expandió violentamente. Fué como un estallido que amenazó con acabar con la Sevilla clásica. Se abrieron nuevas calles, grandes avenidas, plazas enormes. No se tuvo en cuenta para nada el clima de la ciudad ni su historia y carácter. Se hizo un nuevo parque... Este con discreción y tino. Su traza la dió un jardinero francés. Y en cuanto a arquitectura... Sevilla dió en la genialidad de imitarse a sí misma... vista en el espejo de la Sevilla que dicen de pandereta. Hizo una recopilación de sus estilos más gráciles y con ella se puso a construir, a veces, con gracia y conocimiento de los antiguos — más en el detalle exterior, ornamental, que en la estructura interna —. Pero otras..., a la vista de los hombres de buen gusto está... ¿A qué insistir?...

Lo mismo pasó en Barcelona, en Madrid, en todas las poblaciones españolas que entraron en crisis de crecimiento. Lo de Sevilla fué grave, porque Sevilla es uno de los joyeles urbanos de España. Merecía otro trato y un mayor respeto al carácter y tipicidad de su belleza.

En cuanto a Madrid... Madrid tenía poco que perder, si se respetaban sus construcciones monumentales, no muy abundantes por cierto, y, por el contrario, sí mucho que ganar en la hora de su ensanche y rápido crecimiento, casi, y sin casi, a la americana. Pero le sucedió lo que a todas las poblaciones españolas en su mismo trance y estado, que la hora de su transformación coincidía cabalmente con la de mayor abatimiento de la arquitectura nacional, por lo que el Madrid que ha ido produciéndose al paso de esa transformación ha sido un Madrid caótico, incoherente, sin gracia ni armonía arquitectural en ninguna de sus partes. No hubo plan—¿lo hay ahora?—, ni concierto, ni gusto, ni juicio, ni sentido estricto de la ciudad moderna.

Carlos III, el último rey español que propulsó un gran estilo arquitectural, ha quedado ya muy lejos, y su estilo, perdido, deshecho, aniquilado en la baraúnda del *no-estilo* del Madrid y de la España de nuestros días.

Carlos III ha muerto. ¡Viva Carlos III...!

Los arquitectos españoles, los salidos de la Escuela en los años inmediatos a la Gran Guerra, trajeron los nuevos — nuevos, aunque en esencia muy viejos — principios a España, que no siempre estaban de acuerdo, ni mucho menos, con la enseñanza oficial. Establecióse pronto una especie de pugna entre ésta y las nuevas orientaciones, y, aunque éstas han sufrido diversos avatares, ha seguido hasta hace poco — y aun hoy... — en todos los campos de la Arquitectura. El espíritu nuevo y el viejo luchan sordamente, pues las nuevas promociones de arquitectos se han acogido — no podía ser de otro modo — al nuevo espíritu y van al asalto de la vieja fortaleza con ardimiento... y descaro — ese descaro a que obliga, y justifica, la contumacia de los que, fuera de tiempo, no quieren darse a partido.

Entre ese primer grupo de arquitectos innovadores hay que situar a Secundino Zuazo, artista y constructor de los más señalados en la España contemporánea, y a quien se debe, sin duda alguna, buena parte de los más eficaces estímulos que han traído a nuevo ser y carácter la arquitectura española contemporánea.

Secundino Zuazo fué, pues, uno de los primeros arquitectos españoles que se dieron cuenta de la importancia del movimiento de renovación arquitectónica que se produce en la Europa central — principalmente en Alemania, Austria y Holanda — años antes de la Gran Guerra y que sigue bajo distintas variantes hasta nuestros días. Importó a Madrid inquietudes aquí desconocidas o poco sospechadas, métodos racionales y estéticos, maneras de construcción, ensayos de novísimas concepciones, por lo que su estudio de arquitecto hubo de convertirse al poco en una especie de escuela libre de arquitectura en la que se preparaba un cambio de frente en el modo de concebir y realizar la arquitectura española contemporánea. Su estudio fué y es como foco de irradiación de nuevas fuerzas arquitectónicas. Porque iban y van saliendo de su recinto en forma de proyectos e ideas sistemas urbanísticos, grandes construcciones colectivas, la casa nueva del rico y la del pobre, salas de espectáculos, estaciones de ferrocarril, etc., etc.; y todo ello revestido con formas de la más atrayente modernidad y al mismo tiempo con entronques bien firmes en ciertas tradiciones de la arquitectura nacional.

Porque Zuazo, que ha sido gran importador de nuevos conceptos — nuevos o restaurados — arquitecturales, no ha dejado nunca de ser tradicionalista a su modo, y en todos sus trabajos, aun en los de mayor actualidad, se advierten brotes poderosos de ese su sentido de la tradición... como en las obras de los grandes arquitectos de nuestro tiempo. A fuerza de estudiar las formas del pasado y de sentir las necesidades del presente se ha erigido la nueva Arquitectura. Y es curioso observar que no suelen ser los mejores sentidos de la tradición aquellos que remedan meramente los tipos del pasado, sino los que alertados en el presente y con la vista en el porvenir van buscando nuevas formas.

Ese constante moscardoneo — zumbido mareante, anestésico — de lo tradicional, que se oye en España — en materia artística, en materia literaria o política — más que en parte alguna, sin que nadie se moleste en definir con rigor inequívoco su sentido — y es así como sonar gárrulo de viento entre las cañas — sonó también y suena sin intermitencia en los oídos de Zuazo. Pero éste, en lugar de quedarse con la vaguedad sonora del runrún, con el dogma tópico, ha acudido pragmáticamente a estas o las otras formas concretas con las que ha topado en sus viajes por España, y, adaptándolas con gusto y buen sentido a las necesidades modernas, las ha imbuído nueva vida, nuevo significado, nuevas gracias. La tradición, o el sentido tradicional, si no obra así, escaso significado tienen.

Dos obras — capitales en la trayectoria que ha seguido nuestro arquitecto —, el *Palacio de la Música* y la serie de edificios — *Siedlung* llaman a esto los alemanes — de la calle de Hilarión Eslava, marcan tal vez con la mayor precisión este juego de fuerzas tradicionales y modernas en la producción de Secundino Zuazo. Pueden, pues, servir de ejemplos concretos de su desarrollo.

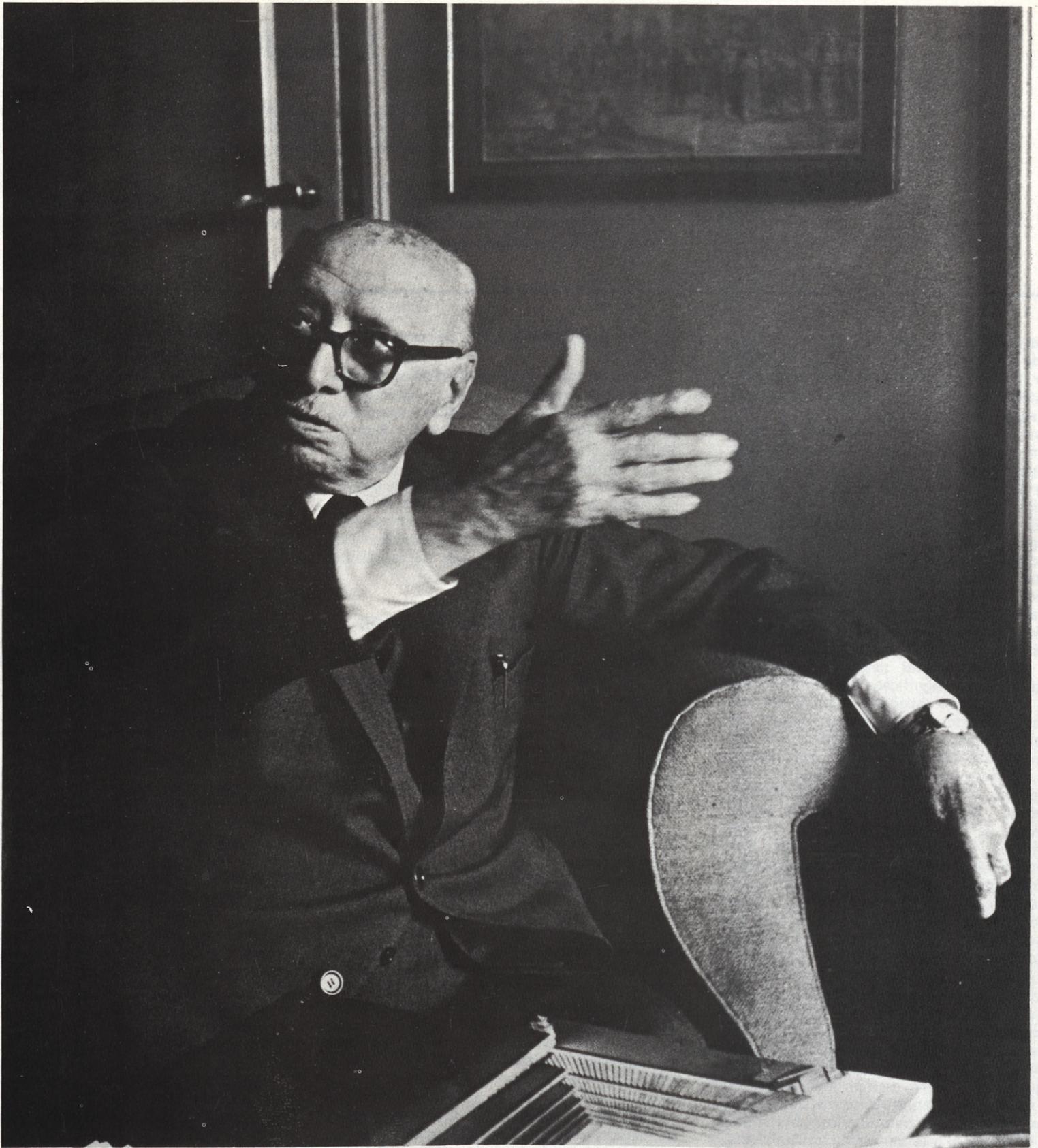
De cuanto ha proyectado y construído Zuazo en sentido más o menos tradicional, es decir, interpretando y modulando a la moderna estilos de otros tiempos, es el *Palacio de la Música* la más acabada muestra. Veamos ahora otro ejemplo de lo que ha proyectado y construído más a la moderna, más al día, esto es, bajo inspiraciones de conceptos arquitectónicos y sociales predominantes en nuestra hora. El citado grupo de vivienda de la calle de Hilarión Eslava es este ejemplo. Una enorme masa de construcción, un «escorial» en ladrillo rosa.

Entra de lleno Zuazo en este bloque de habitaciones en los conceptos más actuales

de la Arquitectura. Todo ello está concebido con estricto sentido de la función y los elementos decorativos son, en realidad, elementos funcionales. La sobriedad más depurada y categórica es el numen estético de estos edificios. Ni un adorno ocioso. Nada por el solo gusto de decorar. En el *Palacio de la Música* el arquitecto, aunque con discreción, se deja llevar por el gusto muy español de decorar profusamente las superficies. Aquí no hay otra decoración que la que nace del juego de los materiales y de las relaciones de superficies y líneas. El adorno autónomo no existe. Un arte muy nacional de manejar el ladrillo, de establecer ritmos y series decorativas con sus distintas ordenaciones, es lo que da particularmente gracia a este conjunto de grandes edificios trabados entre sí. El arquitecto ha mirado exclusivamente a la función, y, una vez centrado en ella, ha ido desarrollando masas conforme a un ritmo poderoso, claro y de gran amplitud. Ha hecho la función o utilidad centro o núcleo de la belleza arquitectónica, y por eso, eliminando toda superfluidad ornamental, ha logrado un conjunto lógico y racional, que impresiona fuertemente por el admirable juego de los volúmenes de construcción. A primera vista puede asignarse a esta obra un origen conceptual centro-europeo — y, en efecto, así es —, pero cuando se la analiza un poco, pronto van surgiendo graciosamente elementos que en España nunca fueron exóticos, sino que, por el contrario, poseen antiquísimo abolengo tradicional. Los materiales nuevos y las dimensiones es lo que más acentúa la nota extranjera. Pero poco ha visto de arquitectura quien no sepa ver en esta construcción un marcado propósito de hacer moderno en el sentido de una evidente tradición nacional. Desde los soportales en arcadas, que en tantos viejos pueblos y ciudades españolas pueden verse, al sistema de patio-jardín, de terrazas escalonadas, a los balcones y solanas, o al modo de tratar el cromatismo de las superficies, de mover los volúmenes y de perfilar puramente las líneas sobre el cielo, todo ello tiene marcado sabor español. Las *Siedlungen* alemanas — v. g. — tienen, sin duda alguna, precedente bien claro en los «corrales» sevillanos. En unas y otros el concepto, en su raíz, es el mismo, y cuando se aplicara a éstos los elementos nuevos de construcción y los nuevos conceptos de higiene surgiría fácilmente una arquitectura de añoso abolengo español y al mismo tiempo muy moderna. Algo de esto ha realizado Zuazo en sus nuevas construcciones, por lo que en ellas se ha fundido felizmente la propensión tradicionalista de sus primeras obras, a la que hemos hecho tantas veces mención, y su impulso de constructor de novedades.

Madrid, marzo 1933.

JUAN DE LA ENCINA



*San Marino Lynde*